

# SOCIOCRÍTICA Y CULTURA

Antonio Chicharro Chamorro  
Universidad de Granada



1. La sociocrítica, aunque ha privilegiado en sus análisis los textos ficcionales literarios, ensayando una explicación de lo estético como valor social, sobre todo en sus comienzos, nunca se ha mostrado cerrada al estudio de otros hechos culturales, artísticos y no artísticos, verbales y no verbales, canónicos y no canónicos. El fecundo diálogo disciplinar teórico-crítico de esta vía de conocimiento, la construcción de dispositivos de conocimiento de proyección semiótica, válidos para el estudio de cualesquiera clase de signos, y la radical apertura por lo que respecta al dominio de estudio han hecho de la sociocrítica una de las corrientes de mayor aplicación sobre el dominio de la particularidad de cuantas concurren hoy en el ámbito de los estudios literarios y culturales. Ahí quedan sus estudios teóricos y aplicados sobre cine, discursos rituales e institucionales, discursos marginales de la cultura, novela gráfica, política e ideología, historiografía, música, folklore y tradiciones populares, literatura popular y carnavalesca, etcétera. Se trata, además, de una corriente que no ha rehusado participar con sus abiertos argumentos en absoluto postdisciplinarios en el largo debate postestructuralista y postmoderno, ofreciéndose como un instrumento de conocimiento que opera en el corazón de los procesos de significación social, justo en la encrucijada donde confluyen lo dado y lo creado. Esto explica que no se haya limitado a teorizar exclusivamente en la dirección de una sociología del texto y sí lo haya hecho en los últimos años en lo que es una teoría del sujeto cultural y, en consecuencia, del texto cultural.

Precisamente, Iris M. Zavala dejaba escrito en un texto preliminar sobre la crisis del sentido en la postmodernidad, el ojo del huracán de la reflexión en nuestro dominio de estudio desde hace unos años, que la sociocrítica constituía un método que desde los años setenta permitía estudiar los textos culturales desde una perspectiva social e ideológica centrándose en la producción y productividad de los discursos. Asimismo, afirmaba que en un marco antisaussureano de trabajo esta disciplina venía desarrollando

«les problèmes de l'ouverture du signifié, de la codification du message, de structure, d'herméneutique. Ses adeptes sont plus proches du Cercle Bakhtin que du post-structuralisme ou du "déconstructuinnisme", ou des post-structuralistes qui mettent en avant une sémiotique illimitée au sein de ce qui nommé la crisi du signifié, voire des néo-formalistes qui postulent que les textes obéissent plus à une syntaxe (ce qu'on a appelé *text-grammar*) qu'ils n'indiquent un signifié ou du sens» (Zavala, 1992:14).

Estas palabras vienen a orientarnos sobre la global posición de base que mantienen los estudios sociocríticos en nuestro momento presente. No cabe pensar que si-

guen la estela de los llamados estudios culturales de ahora, aunque hayan coincidido en el ancho dominio de estudio en múltiples ocasiones e incluso haya quienes recomiendan frecuentar aún más el mismo como un modo de poner a prueba el potencial de operatividad de la sociocrítica frente a artefactos socioculturales no literarios, en los que se vincule la noción de estética: cine, pintadas y arte mural, publicidad, medios audiovisuales, música, etcétera. (Malcuzyński, 1992: 285). Tampoco cabe pensar que se han sumado a este fenómeno de múltiples caras. Más bien, puede resultar al contrario, esto es, que algunas de las vías de los estudios culturales tomara en cuenta la lección de apertura en todos los órdenes que la disciplina sociocrítica viene impartiendo desde hace treinta años. La verdad es que los estudios culturales, muchos de ellos coetáneos en su origen de las teorías sociocríticas, muy variados y eclécticos por lo que se refiere a sus perspectivas, y no menos por lo que respecta a sus dominios de estudio, de vocación emancipadora y proyección política, postdisciplinarios a decir de Jameson y, en consecuencia, ajenos a rigores epistemológicos, mantienen ciertos lazos de origen con teorías sociológicas y teorías marxistas. No ha de extrañar que, como con claridad resume Genara Pulido, se alejen del inmanentismo, excedan los márgenes de la literatura, operen con cualesquiera objetos de cultura, cuestionen el canon establecido y traten de ofrecer propuestas alternativas, mantengan una clara conciencia socio-histórica, procuren la interdisciplinariedad si es que no practican la postdisciplinariedad y operen con propósitos políticos de muy diverso color, pues hay estudios que han escamoteado el nuclear concepto de clase social para operar con otras categorías sociales de base identitaria, etc. (Pulido, 2003: 110-111). En pocas palabras, sí hay una relación de parentesco entre estas nuevas formas de estudio social de la cultura, sin entrar ahora en valoraciones, y las sociologías y los marxismos y, en ellos, los estudios sociocríticos.

2. De todas formas, no han faltado teóricos de perspectiva sociocrítica que desde un doble plano, teórico e institucional —no se olvide que en el ámbito norteamericano de los Estados Unidos y del Canadá el desarrollo de los estudios culturales tiene mucho que ver con lo que es un cambio de las relaciones de poder en el seno de las instituciones universitarias, siendo ésta la vertiente directamente política de estos estudios—, han contribuido notablemente en la dinámica renovadora de los estudios culturales. Es el caso de Antonio Gómez-Moriana que, de origen español, fuera profesor de la Universidad de Montreal y promotor y director del grupo de investigación MARGES quien ha dejado escrito lo siguiente:

«Los miembros del equipo MARGES fuimos por ello testigos de esa serie de cambios de perspectivas (a veces simplemente de modas) que caracterizan la segunda mitad de los años ochenta y la primera de los noventa. También interveníamos en la dinámica renovadora de los estudios culturales, aportando nuestra contribución al desarrollo de ese nuevo paradigma de investigación y análisis de toda práctica social-simbólica, artística o no artística, verbal o no verbal. Pasábamos así de una sociocrítica de la literatura que estudiaba los textos (tanto canónicos como no canónicos) a partir del análisis de todas las prácticas simbólicas de la sociedad en cuestión.» (Gómez-Moriana, 1999: 412-413).

Pero conocida la posición básica del grupo de investigación MARGES y la de su responsable, podemos preguntarnos por el modelo de estudio de las prácticas culturales que proponen y poder así comprender en qué consiste la especificidad de esta vía sociocrítica de estudio de la cultura frente a otros desarrollos de los llamados estudios culturales. En este sentido, operan con dos presupuestos básicos: el primero, que toda sociedad es plural, dados los intereses existentes entre individuos y grupos del tejido social. Se trata de una pluralidad conflictiva. De este postulado se desprende el siguiente corolario: si la cultura, razona Gómez-Moriana (1999: 412), consiste en una serie de lugares de enunciación de la palabra y de «performancia» del gesto, reglamentados y codificados, todo estudio cultural debe incluir también los «otros espacios» que tales lugares conllevan y las contradicciones, etc., que generan. A partir de aquí se comprende que el estudioso sociocrítico incorpore al estudio de lo espacial (diatopía) y temporal (diacronía) la dimensión social (diastratía) de todo signo ideológico, esto es, la «marca social» que caracteriza a todo signo o conjunto de signos y a sus usuarios en el interior del cuadro social, plural y conflictivo, en que se producen y circulan (Gómez-Moriana, 1999: 413).

Con el segundo presupuesto se afirma que la ideología, entendida como falsa conciencia, juega un importante papel en el mantenimiento del orden jerárquico, lo que hace necesario el reconocimiento de una dinámica social en los procesos de toma de conciencia al contribuir éstos a un deterioro progresivo de todo orden establecido (Gómez-Moriana, 1999: 412). Aquí radican la necesidad del estudio de la conciencia como factor determinante de una dinámica social<sup>1</sup> y aquí alcanza su sentido el trabajo de Antonio Gómez-Moriana *La Subversión du discours rituel*, de 1985. Desde esta perspectiva, se hace necesario prestar atención en el análisis de los productos culturales al posicionamiento del producto mismo con respecto al orden jerárquico (Gómez-Moriana, 1999: 413). Aquí radican, por ejemplo, los estudios del grupo MARGES sobre *L' «Indien», instance discursive*, en coincidencia con los actuales estudios poscoloniales.

---

<sup>1</sup> Precisamente, Cleres Kant (2000), reconociendo de salida que el ámbito de la investigación sociocrítica lo constituye preferentemente la práctica discursiva literaria, ha propuesto efectuar una lectura sociocrítica de la conciencia moral basándose para ello en la teoría crosiana del sujeto cultural, de la que trataré en este mismo trabajo. La argumentación de su proposición teórica es la siguiente: «entendemos que sus categorizaciones pueden ser aplicadas a la conciencia, del sujeto moral que sería —en cuanto cultural— resultante de un «proceso de sumisión ideológica»; esto significa que en el ámbito de la subjetividad siempre funcionan los enunciados de un sujeto colectivo, el cual, siendo de «naturaleza doxológica, legisla, dicta pautas de conducta, designa paradigmas, recuerda verdades basadas en la experiencia o en la fe». Este proceso de indentificación *Yo-Ellos*, que transforma al Yo en un cuasi objeto, no se da en un plano totalmente consciente ni es consecuencia de una libre elección desde que los paradigmas de la conducta son concebidos como bienes simbólicos de carácter colectivo; no es precisamente el inconsciente freudiano el que interviene en la constitución del sujeto moral (modelización del cultural) sino el *no-consciente* de los sujetos transindividuales «constituidos por las estructuras intelectuales, afectivas, imaginarias y prácticas de las conciencias individuales.» (Kant, 2000: 24).

3. Pero, tal vez haya sido M. Pierrette Malcuzyński, entre los investigadores sociocríticos, quien más tempranamente reflexionara sobre esta perspectiva y el estudio de la cultura al hilo de sus preocupaciones disciplinares y transdisciplinares fecundadas por el pensamiento translingüístico bajtiniano, sin que nos olvidemos de Marc Angenot y Régine Robin quienes habían editado un número de *Sociocriticism*, correspondiente a 1987-1988, con el muy claro y tajante título de «Social Discourse: A New Paradigm for Cultural Studies». Malcuzyński publica ya en 1989 un artículo titulado «The Sociocritical Perspective and Cultural Studies», no habiendo dejado de retomar esta preocupación en sus trabajos siguientes. Así ocurre, por ejemplo, en su artículo «El *monitoring*: Hacia una semiótica social comparada» (Malcuzyński, 1991b) y en su libro *Entre-dialogues avec Bakhtin ou sociocritique de la [dé]raison polyphonique*, de 1992. Pero conviene tener muy claro desde un principio que Malcuzyński no reflexiona para producir una suerte de acercamiento interdisciplinario a los estudios que se ocupan de la cultura o incluso a los que se integran bajo la nueva etiqueta crítica de estudios culturales, lo que en realidad se revela como un obstáculo, sino que trabaja por una teoría de la apertura de las modalidades sociocríticas con objeto de operar con la problemática epistemológica que asume el hecho de que toda práctica sociocultural *es intrínsecamente «multidisciplinaria»* (Malcuzyński, 1991b: 162). Y, tal como ha quedado dicho, el acercamiento interdisciplinario viene a resultar un obstáculo para su proyecto de una semiótica social comparada por cuanto,

«tal como lo entendemos hoy día lo “inter-disciplinario” refiere a una suma de disciplinas distintas, fijadas en sí mismo y aisladas en sus propios campos de actividad en el seno de lo que llamamos *estudios culturales*. En estas condiciones, la práctica crítica “inter-disciplinaria” está condenada a circular en función de una red sociodiscursiva donde dominan todos aquellos tipos de convenciones prescriptivas que remiten a una problemática de yuxtaposición de estructuras (pre)constituidas por diversas disciplinas» (Malcuzyński, 1991b: 162).

Por esta razón, orienta toda su reflexión hacia la consecución de una práctica sociocrítica *transdisciplinaria* que se fundamente en una semiótica social comparada. Para ello, Malcuzyński opera con un presupuesto fundamental sociocrítico: que un texto no consta únicamente de lo que enuncia y la manera en la que se (lo) enuncia, sino también de silencios, de no-enunciados y de no-visibles, lo que permite pensar el texto como una red de interrelaciones, una red en la que confluyen varias prácticas socioculturales. Su propósito a partir de aquí es teorizar acerca de ese espacio y suministrar algunos útiles de pensamiento que permitan su captación. A este propósito obedece su concepto de *monitoring* o instancia mediadora que permite abarcar las relaciones de preeminencia de lo interdiscursivo sobre lo discursivo y dar cuenta de la polifonía discursiva que invierte la producción sociocultural. El *monitoring* viene a ser un atento escuchar, según Malcuzyński, dentro del texto mismo para poder destacar el discurso o los discursos producidos de aquéllos que son preexistentes y que se encuentran atomizados en una producción dada. En este sentido, las nociones de «intercambio» y «uso» resultan claves. Este planteamiento básico tiene sus con-

secuencias a la hora de concebir la práctica literaria como conjugación e integración de discursos socioculturales diferentes, literarios y no literarios, lo que fundamenta su consideración del artefacto como una práctica «*trans*-discursiva», perfilándose así nuevos horizontes críticos a los que la sociocrítica debe responder en sus análisis, situándose en el nexo de lo dado / lo creado. Si el artefacto literario es concebido como una práctica «*trans*-discursiva», se impone una práctica crítica que supere los límites lingüísticos de la semiótica y que se constituya en una práctica *transdisciplinaria*, que no interdisciplinaria. Se abre así al estudio de *lo* literario los elementos socioculturales cualesquiera que éstos sean.

4.1. Edmond Cros es, entre los teóricos de la sociocrítica, el que mayor atención ha prestado al estudio de las mediaciones y, en consecuencia, al estudio del fundamental espacio que conforman lo dado y lo creado en el texto —entiende todo texto literario como producto de una serie de fenómenos de conciencia, entendida ésta bajtinianamente, esto es, como hecho «socioideológico» que sólo surge y se afirma como realidad en signos, cuya esencia y funcionamiento es social (Cros, 1986: 94)—. Recordemos que, según su teoría, las estructuras de mediación que intervienen entre las estructura sociales y las textuales son de naturaleza discursiva. Por esta razón, sus análisis<sup>2</sup> se orientan al estudio de las redes discursivas que efectúan trabajos de textualización en una sociedad determinada. Así pues, concibiendo la literatura como sistema modelizante secundario, haciendo suyo tal concepto lotmaniano, y como forma ideológica, en un sentido marxista althusseriano, y tratando en concreto el problema de la escritura como espacio de la autonomía, en el sentido de Adorno y Bourdieu —según el sociólogo francés, existe un desligamiento del arte con respecto a las variaciones de la infraestructura; y el arte es social antes por la posición antagónica que adopta en la sociedad si sólo ocupa esta posición en cuanto arte autónomo que a causa de su modos de producción, según Adorno—, se ocupa de las prácticas y formaciones discursivas, de los procesos y códigos de transformación y de otros funcionamientos textuales, en particular la cuestión del genotexto y fenotexto —estos términos los toma de Julia Kristeva, aunque los usa en otro sentido— para establecer un paralelismo riguroso entre dos estados de la enunciación peculiar de *un* texto, distinguiendo una enunciación no gramaticalizada que está llamada a estructurarse fenotextualmente (Cros, 1986: 119). Estas categorías nutren lo que podemos llamar su primera etapa, en la que se describe el funcionamiento textual según modelos de otras ciencias como el de las ordenadas y abscisas estructuralistas, que

---

<sup>2</sup> El método de análisis que aplica consiste en el establecimiento de textos semióticos, según explica con claridad Francisco Linares, es decir, en ordenar las diversas selecciones de signos que el texto realiza con independencia de lo que enuncia, y de las que surgen diversas líneas de sentido. Lo que sugieren estos textos semióticos, «a saber, la distorsión entre el signo y lo enunciado, que remite a una problemática entre esencia y denominación relacionable con un fenómeno de estructuración y desestructuración social, es en definitiva lo que se comprobará sobre el funcionamiento textual» (Linares, 1996:14).

explican los ejes paradigmático y sintagmático, y que Cros emplea para explicar la generación del sentido textual, cuyo centro ubica en el vértice o genotexto. A este primer momento pertenecen sus libros *Ideología y genética textual. El caso del «Buscón»* y *Literatura, ideología y sociedad*, traducciones españolas de *l'Aristocrate et le carnaval des gueux, étude sur le Buscón de Quevedo* (1975) y *Théorie et pratique sociocritiques* (1983), respectivamente. Con el concepto nuclear de esta etapa, el concepto de genotexto, Cros se refiere al fondo y a la productividad significante, no siendo perceptible en sí mismo, salvo por el modo fenotextual de su manifestación, tal como ha quedado dicho. Según Amoretti:

«El genotexto programa para la producción, pero es producto de las estructuras de sociedad y por eso es necesario relacionarlo con ellas (...) está constituido por las condiciones históricas del producto más las condiciones culturales de la sociedad. Inscrita en el momento histórico, esta combinación dinámica de elementos que es el genotexto, programa todo el devenir del texto (...) Los tres componentes de este motor de programación son: autoengendramiento, interdiscurso, intertexto» (Amoretti, 1992: 58).

Según Cros, este primer momento fue de clara influencia por parte del estructuralismo genético, si bien trató de llevar hasta sus más extremas consecuencias las nociones de *sujeto transindividual y no-consciente*, aplicándolas sobre estructuras lingüísticas y articulando estas nociones con las referidas a las prácticas discursivas por parte de Michel Foucault (Cros, 1993: 188-189).

Más adelante, Cros elabora un concepto clave que supone un avance con respecto al de genotexto. Se trata del ideosema<sup>3</sup>. Con este instrumento se facilita el análisis de las representaciones que se manifiestan como conjuntos estructurados en el texto y que le dan su dinamismo. Al ser la estructuración una práctica social, Edmond Cros concibe el ideosema como un articulador semiótico y discursivo a un tiempo. El ideosema designa simultáneamente el punto de origen de la estructuración y cada uno de los elementos que en el texto reproducen ese origen. Es un punto clave del funcionamiento textual y del sistema de estructuración de las prácticas sociales y discursivas. Este concepto le sirve para mostrar la directa relación entre texto y sociedad en el diseño mismo del modelo de producción textual, suponiendo una superación de la explicación que proporciona el concepto de genotexto —útil en la explicación de la dinámica de la producción—, al explicar el funcionamiento morfogenético. Este nuevo planteamiento justifica que pueda hablarse de una segunda etapa en su teoría sociocrítica a la que correspondería su libro *De l'engendrement*

---

<sup>3</sup> Este concepto no es asimilable al bajtiniano de *ideologema* con el que nombra la determinación socioideológica del valor de los elementos discursivos, lo que supone designar «un fenómeno ante todo *extra-textual*, mientras que el ideosema, al contrario, un factor entera y específicamente *textual*» (Malkuzynski, 1991.<sup>a</sup>: 23). El ideologema es un factor de asimilación de lo semiótico a lo ideológico, un factor hegemónico orientador ideológicamente en la constitución de un discurso, que designa una función común entre diferentes estructuras en un espacio sociocultural concebido como intertextual (Malkuzynski, 1991.<sup>a</sup>: 23).



*des formes*, de 1990, traducido en su mayor parte al español con el título de *Ideosemas y Morfogénesis del Texto. Literatura española e hispanoamericana* (1992). En la introducción de este libro, explica Cros por extenso todo el proceso teórico y de análisis de textos literarios hispánicos —como reacción al exceso teorístico de su momento, la sociocrítica surge con una fuerte dosis de empirismo metodológico hasta el punto haber guiado éste la reflexión (Negrín, 1993: 174)— que le ha llevado a este concepto y precisa lo siguiente:

«Designo a estos fenómenos de estructuración [la confesión general de un detenido en primera persona ante el tribunal inquisitorial y la transcripción del escribano en tercera persona, relación Yo / Él, que se encuentra en obras de ficción de la época] como *articuladores semióticos* cuando se trata de prácticas sociales o discursivas que se pueden localizar en el *pretexto* o en el *fuera de texto*, y *articuladores discursivos* cuando se trata del texto. Y llamo *Ideosema* a la relación entre el articulador semiótico y el articulador discursivo. Actuando los unos sobre los otros, estos ideosemas transforman, desplazan, reestructuran el material lingüístico y cultural, lo convocan por medio de afinidades o contigüidades de estructuraciones, programan el devenir del texto y su producción de sentido.» (Cros, 1992: 12).

El interés de este concepto en el sistema crosiano reside en que facilita la superación de los límites de una sociocrítica del texto literario para poder encarar una explicación de la «socialidad» de todo producto cultural, esto es, se abre la posibilidad de una sociocrítica de la cultura. La argumentación de esta apertura teórica la ofrece Edmond Cros al final de la introducción a que me refiero, al ver en el análisis del funcionamiento ideosémico —no olvidemos que la sociocrítica se interesa goldmannianamente antes por lo que el texto transcribe en el juego de sus estructuras y formas que por lo que significa, lo que supone concebirlo como una forma de conocimiento y un aparato translingüístico— la caracterización de la producción cultural, sin adjetivos. Los procesos de estructuración resultan claves para Cros, por cuanto,

«La estructuración no sería simplemente el instrumento de la semiosis. A través de lo que podemos percibir de la forma como funciona en el texto de ficción, aparece como la condición necesaria de toda comunicación intersubjetiva y de toda actividad del imaginario» (Cros, 1992: 19).

Se dan así las condiciones de la apertura teórica al estudio de la cultura, pues los ideosemas conforman unos conjuntos estructurados o *campos morfogenéticos* que se realizarían en los objetos culturales a través de las unidades mórficas. Con este concepto, Cros pretende precisar la organización compleja de un campo nocional responsable de la semiosis, siendo este campo el que le da al texto sus coordenadas sociohistóricas. Aquí encuentra su fundamento una nueva fase de su teoría sociocrítica, la del estudio de la cultura como el espacio donde lo ideológico se manifiesta con mayor eficacia, siendo la cultura el mecanismo social cuya función objetiva consiste en enraizar la colectividad en la conciencia de su propia identidad, lo que remite a la cuestión del funcionamiento del sujeto cultural y paralelamente a la del texto

cultural, de lo que vamos a ocuparnos no sin antes aproximarnos a lo que el propio teórico y crítico entiende acerca del segundo momento de su reflexión.

Pues bien, afirma Cros que en esa nueva etapa tradujo en términos de semiología las formulaciones anteriores. Así, los campos léxico-semánticos devinieron en textos semióticos, lo que abría la posibilidad de estudio de otras modelizaciones, resolviéndose además el problema esencial del proceso de la inversión en el objeto cultural de las estructuras de sociedad, al haber descartado la solución de la homología goldmanniana. En este sentido, afirma que en el texto se podía observar el funcionamiento de la mediación genética que constituyen las *microsemióticas intratextuales* —las macrosemióticas corresponden a las lenguas naturales, a su vez constituidas por microsemióticas que, implicando a otros tantos sujetos transindividuales y consecuentemente el nivel no-consciente, segmentan y categorizan a su modo experiencias múltiples, diversas y contradictorias—, ofreciendo así el texto las claves de su codificación y descodificación.

Como ha quedado dicho, con estos últimos conceptos Edmond Cros abría la posibilidad de efectuar análisis sociocríticos sobre el dominio de las más diversas prácticas de la cultura. Ahora bien, lo que en realidad Cros ha efectuado en los últimos años no es una simple apertura de dominios de estudio, sino una teoría global de la cultura y la modalidad de su funcionamiento a que ha sido conducido desde sus preocupaciones por el estudio del espacio entre lo dado y lo creado y por los instrumentos conceptuales que ha elaborado —genotexto, ideosema, campo morfogenético, entre otros— para operar sobre los mecanismos de la estructuración como un modelo de cuestionar los procesos de producción de sentido. Su teoría ha quedado expuesta en su libro *D'un sujet à l'autre: sociocritique et psychanalyse*, de 1995, que había contado con un adelanto en forma de artículo en 1993, traducido al español en 1997 y reeditado con algunos cambios y nuevos textos en 2002. Conozcamos el núcleo de sus reflexiones aquí expuestas.

4.2. Conviene recordar que, para Edmond Cros, la cultura, que siempre es específica, cumple una función objetiva consistente en enraizar a una colectividad en la conciencia de su propia identidad. Sólo existe en la medida en que se diferencia de otras culturas, quedando señalados sus límites por un sistema de indicios de diferenciación. Funciona como una memoria colectiva que sirve de referencia e instrumento de perpetuación social. Constituye el campo donde lo ideológico se manifiesta con mayor eficacia al cumplir la función de identificación donde «la subjetividad es conminada a sumergirse en el seno de la misma representación colectiva que la aliena» (Cros, 2002: 11). La cultura existe a través de sus manifestaciones concretas que Cros reduce a tres tipos: el lenguaje y las diversas prácticas discursivas; un conjunto de instituciones y prácticas sociales; y, finalmente, su particular manera de reproducirse en los sujetos, conservando, sin embargo, idénticas formas en cada cultura. Por otra parte, dado que es un bien simbólico compartido colectivamente, el sujeto no puede ejercer sobre ella ninguna acción, resultando las diferencias entre

individuos consecuencia de la mayor o menor adecuación a los modelos de comportamiento y al pensamiento que le son propuestos. En este sentido y aunque estas divergencias reproducen las diferencias de clase, Cros no enfoca la cuestión desde esta perspectiva por cuanto la cultura es una instancia que integra a todos los individuos de una colectividad, pues

«Su función objetiva es integrar a todos los individuos en un mismo conjunto al tiempo que los remite a sus respectivas posiciones de clase, en la medida en que (...) cada una de esas clases sociales se apropia ese bien colectivo de maneras diversas» (Cros, 2002: 12).

La cultura, como realidad primera, tiene la función de producir y reproducir sujetos, lo que le lleva a plantear la cuestión de su alienación por un *ya aquí* —lo dado— ideológico inscrito en las prácticas sociales. Aquí fundamenta su concepto de *sujeto cultural*, con el que designa cuatro factores: una instancia de discurso ocupada por *Yo*; la emergencia y el funcionamiento de una subjetividad; un sujeto colectivo; y, por último, un proceso de sumisión ideológica (Cros, 2002: 12).

A continuación, trata de demostrar que el sujeto cultural es el agente de la alienación de los individuos, lo que se produce en el discurso y por el discurso —la especificidad discursiva de un sujeto transindividual—, ya que lenguaje<sup>4</sup> y cultura son dos nociones co-extensivas, siendo por el lenguaje como el individuo se constituye como sujeto. Siguiendo en su explicación la teoría de Benveniste sobre la función estructuradora fundamental de la instancia de la enunciación, concluye afirmando que el *Yo* es una forma vacía en espera de ser investida para convertirse en instancia del discurso, esto es,

«esta red significa hasta antes de que me inserte en ella, habla en mi lugar, como si fuera yo quien hablara, antes de que tome yo la palabra. Cuando el sujeto se instala en esta estructura *las formas hablan por él*. Esta idea de la subjetividad como producto del discurso (y no de la lengua) implica ya en consecuencia una difracción entre el sujeto que habla y el sujeto hablado.» (Cros, 2002: 15).

La red de formas vacías a que se viene refiriendo no es el producto de una propiedad de la lengua, afirma, sino de las modalidades de adquisición de la facultad discursiva, lo que quiere decir que es *yo* no quien dice *yo* sino aquél a quien se ha enseñado a decir *yo*. Esta instancia vacía es la que interpela al individuo, constituyendo una máscara, un señuelo, ya que detrás de esta ilusoria subjetividad se oculta el sujeto cultural. Pues bien, para la explicación teórica de la emergencia del sujeto se sirve Cros de las ideas de Lacan sobre cómo el sujeto se aliena al aparecer siempre *representado* en detrimento de su verdad, pues, recordemos a Lacan, «Ello habla de él y en ello es donde se le aprehende». Este razonamiento le lleva a Cros a afirmar

---

<sup>4</sup> Edmond Cros entiende por lenguaje en el contexto de su trabajo el conjunto de las semióticas distintas de las «macrosemióticas naturales» que son las lenguas nacionales y regionales (Cros, 2002: 14).

que el *yo* cede su sitio al *ellos*, operando así el sujeto cultural tras la máscara de la subjetividad, pues esta instancia se construye en el espacio psíquico de un único individuo. Señala igualmente que el sujeto cultural forma parte ante todo de la problemática de la apropiación del lenguaje en sus relaciones con la formación de la subjetividad y con procesos de socialización, por lo que el sujeto no se identifica con el modelo cultural, sino que es ese modelo cultural el que lo hace emerger como sujeto. A partir de aquí aplica el esquema explicativo lacaniano de la emergencia de la subjetividad, proponiendo la hipótesis de que el *sujeto cultural* y el *Ego* emergen al mismo tiempo.

Puesto que el sujeto del no-consciente es un constituyente primordial del sujeto cultural junto al reprimido sujeto del deseo o sujeto inconsciente, Cros trata de examinar el papel que el sujeto cultural desempeña y se centra para ello en la alienación que se produce en tanto que el sujeto aparece siempre *representado* en el lenguaje en detrimento de su verdad<sup>5</sup>. El sujeto cultural emerge en su lugar, siendo el individuo atrapado por el lenguaje y su red de signos organizada según líneas de sentido y trazados ideológicos que llamamos cultura, alienación que presenta distintos niveles (Cros, 2002: 18-19).

Posteriormente, señala que la noción de sujeto cultural implica un proceso de identificación mediante la constitución en el espacio psíquico de un único individuo, lo que no impide que forme parte también de procesos de socialización. En todo caso, funciona como una instancia intrapsíquica que posiblemente coincide con la del sujeto no-consciente sin reducirse a ella y atraviesa otras nociones como las de sujeto ideológico y sujeto transindividual. Es, precisamente, a través del sistema semiótico-ideológico como se puede entender y valorar sus impactos en la morfogénesis de los

---

<sup>5</sup> Dado el carácter nodal de esta fundamental cuestión, que es un principalísimo aspecto del funcionamiento de la ideología burguesa, existe una importante cantidad de estudios sobre la misma. Entre ellos, ni que decir tiene que hemos de hacer referencia a los de Louis Althusser y, entre nosotros, a los de Carlos Castilla del Pino —véase en concreto su artículo «El sujeto como sistema», en Hermosilla Álvarez y Pulgarín Cuadrado (eds.) (2001), *Identidades culturales*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 387-407—. Según este filósofo francés, de cuyas ideas se sirve Cros, la ideología alcanza una existencia material en un aparato ideológico e interpela a los individuos en cuanto sujetos, pues «la categoría de sujeto es constitutiva de toda ideología, pero al mismo tiempo y ante todo añadimos que la categoría de sujeto es constitutiva de toda ideología únicamente en tanto que toda ideología tiene la función (que la define) de «constituir» a los individuos concretos en sujetos» (Althusser, 1970:156). Ha sido precisamente su teoría del sujeto una de las aportaciones más sobresalientes para romper con la noción de «creador» y ver estructuralmente, más allá de las evidencias ideológicas. Althusser, en «Observación sobre una categoría: Proceso sin sujeto ni fin(es)» (Althusser, 1973: 73-81), afirma que los individuos actúan bajo las determinaciones de las formas de existencia histórica de las relaciones sociales de producción y reproducción revistiendo la forma de sujeto, sin que por ello los sujetos constituyan el sujeto de la historia, ya que la historia es un proceso sin Sujeto ni Fin(es), cuyas *circunstancias* dadas son el producto de *la lucha de clases, motor* de la historia (Althusser, 1973: 81). Estas reflexiones están en la base de las expuestas por Juan Carlos Rodríguez sobre el sujeto literario cuya forma de existencia histórica se debe a la matriz ideológica burguesa (Rodríguez, 1974: 5-16), lo que ha sido estudiado en su génesis histórica por Antonio Sánchez Trigueros (1999).

productos culturales y la importancia de su intervención en el origen socioideológico de las formas. El interés de esta noción para nuestro teórico y crítico procede de que la misma permite abarcar simultáneamente las dos dimensiones individual y colectiva del sujeto. Es en este mecanismo donde debe abordarse la cuestión del texto cultural.

La teoría hasta aquí expuesta ha contado con diversas aplicaciones por parte de este teórico sociocrítico. Así, por ejemplo, ha estudiado el sujeto cultural y el cine del *star-system*, el sujeto colonial o la representabilidad del otro, las representaciones históricas del sujeto cultural como en el caso de su estudio sobre la emergencia de la figura del cristiano viejo, etcétera. Ha abierto además nuevas líneas de investigación en el seno de la escuela montpelleriana de sociocrítica hasta el punto de haberse publicado un último número monográfico de *Sociocriticism* (XVII, 1 y 2, 2002) sobre la noción de sujeto cultural con diversos trabajos. Pues bien, en ese número Monique Carcaud-Macaire habla abiertamente no de sociocrítica sino de una sociocrítica de las producciones culturales cuyo objetivo primero es el estudio de los fenómenos de la producción de las formas y del sentido a partir de las relaciones profundas que unen a las sociedades en su historia y en sus culturas respectivas, por lo que

«Il s'agit en conséquence de rendre compte de l'efficace du sujet culturel impliqué dans / par la création artistique, les formes qu'elle génère et les réseaux dialogiques de sens qu'elle induit.» (Carcaud-Macaire, 2002: 97).

Queda claro que el análisis del sujeto cultural implicado en / por la creación artística ha de hacerse a través de objetos culturales que a su vez constituyen la particularidad del texto cultural. Por esta razón, Cros ensaya una reflexión sobre el texto cultural en tanto que herramienta en relación con la noción bajtiniana al respecto, según la cual el texto cultural es constitutivo del horizonte ideológico del texto. Pues bien, a partir de aquí describe su composición y funcionamiento, entendiendo que el texto cultural constituye la instancia más próxima al sujeto cultural y posee un carácter fragmentario, un alto contenido dóxico y un carácter narrativo<sup>6</sup>:

«Definiremos el texto cultural como un fragmento de intertexto de un determinado tipo que interviene según modos específicos de funcionamiento en la geología de la escritura. Se trata de un esquema narrativo de natura doxológica en la medida en que corresponde a un modelo infinitamente retransmitido, el cual, como consecuencia, se presenta como un bien colectivo cuyas marcas de identificación originales han desaparecido. (...) El texto cultural —tal como yo lo entiendo— no posee verdadera vida autónoma. No existe más que reproducido en un objeto

---

<sup>6</sup> Puede entenderse en el sentido en que lo emplea Hayden White. Recordemos que White, desde una perspectiva historiográfica, interpreta la narración no como una forma neutra que puede llenarse de diversos contenidos, sino que ella misma es un contenido previo a cualquier materialización —el contenido de la forma—, al ser el modo en que la conciencia dota de significado a la historia (White, 1992). No parece estar lejana esta relación del pensamiento crosiano con el de White si no olvidamos el largo esfuerzo teórico que ha desarrollado acerca de una teoría sociocrítica de las estructuras significativas.

cultural con la forma de una organización semiótica subyacente que sólo se manifiesta fragmentariamente en el texto emergido (...) Su funcionamiento viene a ser como el de un enigma: es enigma en sí y marca en el texto un enigma.» (Cros, 2002: 171).

Las consecuencias que estos instrumentos pueden tener están siendo calculadas. Así, por ejemplo, se ha hablado de utilizar la noción de sujeto cultural operativamente para teorizar sobre mecanismos culturales e intentar una generalización que nutra una teoría materialista de la cultura; también, puede emplearse con una finalidad descriptiva que permita, mediante cortes, conocer formas y sus condiciones de emergencia, permitiendo a la vez una lectura materialista del objeto cultural (Carcaud-Macaire, 2000: 227). En cualquier caso, estas reflexiones han supuesto la introducción de una nueva perspectiva y de un positivo factor de inestabilidad en los estudios sociocríticos, constituyendo la ocasión de pensar los textos literarios no sólo en su morfogénesis social y estética, sino muy especialmente como complejas prácticas de cultura que cuando hablan dicen además la realidad de una cultura y por tanto materializan a su modo una realidad histórica: lo que resulta de entre lo dado y lo creado, espacio privilegiado de conocimiento y reflexión.

## Referencias bibliográficas

- ALTHUSSER, Louis (1970), *Escritos (1968-1970)*, Barcelona, Laia, 1975, segunda edición.
- (1973), *Para una crítica de la práctica teórica. Respuesta a John Lewis*, Madrid, Siglo XI, 1974, segunda edición.
- AMORETTI, María (1992), *Diccionario de términos asociados en teoría literaria*, San José, Editorial de la Universidad de Costa Rica.
- ANGENOT, Marc and ROBIN, Régine (eds.) (1987-1988), «Social Discourse: A New Paradigm for Cultural Studies», *Sociocriticism*, III, 2 (6) y IV, 1 (7).
- CARCAUD-MACAIRE, Monique (2000), «À propos de la relation texte culturel, intertexte, sujet culturel», *Sociocriticism*, XV, 2, pp. 221-229.
- (2002), «La production des formes culturelles: *Mémoire, cognition et sujet culturel*», *Sociocriticism*, XVII, 1 & 2, pp. 97-104.
- CASTILLA DEL PINO, Carlos (2001), «El sujeto como sistema», en HERMOSILLA ÁLVAREZ, M.<sup>a</sup> Ángeles y Pulgarín Cuadrado (eds.) (2001), *Identidades culturales*, Córdoba, Universidad de Córdoba, pp. 387-407.
- CROS, Edmond (1975), *l'Aristocrate et le carnaval des gueux, étude sur le Buscón de Quevedo*, Montpellier, C.E.R.S.; vers. esp.: *Ideología y genética textual. El caso del Buscón*, Madrid, Cupsa, 1980.
- (1983), *Theorie et pratique sociocritiques*, Montpellier, C.E.R.S.; 2e. Édition, revue et corrigée, 1997; vers. esp.: *Literatura, ideología y sociedad*, Madrid, Gredos, 1986.
- (1990), *De l'engendrement des formes*, Montpellier, C.E.R.S.
- (1992), *Ideosemas y Morfogénesis del Texto. Literatura española e hispanoamericana*, Frankfurt am Main, Vervuert.

- (1993), «Allocution prononcée par Edmond Cros, à l'occasion de l'installation officielle du Conseil Scientifique de L'Institut International de Sociocritique», *Sociocriticism*, IX, 2, pp. 187-190
- (1993), «D'un sujet à l'autre», *Sociocriticism*, IX/1, 17, pp. 7-21.
- (1995), *D'un sujet à l'autre: sociocritique et psychanalyse*, Montpellier, C.E.R.S.; vers. esp.: *El sujeto cultural. Sociocrítica y psicoanálisis*, Buenos Aires, Corregidor, 1997; Montpellier, C.E.R.S., 2002, segunda edición corregida y aumentada.
- GÓMEZ-MORIANA, Antonio (1985), *La subversion du discours rituel*, Longueuil (Québec), Editions du Preambule.
- (1999), «Del pequeño relato al gran relato: relatos y experiencias de la subjetividad en la España moderna y en el mundo contemporáneo», *Revista Canadiense de Estudios Hispánicos*, vol. XXIII, 3, pp. 407-426.
- KANT, Cleres (2000), «La conciencia moral: una lectura sociocrítica», *Imprévue*, 1, pp. 23-36.
- MALCUZYNSKI, M. Pierrette (1989), «The Sociocritical Perspective and Cultural Studies», *Cultural Studies*, 1.1, pp. 1-22.
- MALCUZYNSKI, M. Pierrette (1991a), «A modo de introducción», en MALCUZYNSKI, M. Pierrette (ed.) (1991), *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*, Amsterdam, Rodopi, pp. 11-27.
- (1991b), «El *monitoring*; hacia una semiótica social comparada», en MALCUZYNSKI, M. Pierrette (ed.) (1991), *Sociocríticas. Prácticas textuales. Cultura de fronteras*, Amsterdam, Rodopi, pp. 153-174.
- MALCUZYNSKI, M. Pierrette (1992), *Entre-dialogues avec Bakhtin ou sociocritique de la [dé]raison polyphonique*, Amsterdam / Atlanta, Rodopi.
- NEGRÍN, Edith (1993), «Edmond Cros: de la sociología de la literatura a la sociocrítica», *Literatura Mexicana*, vol. IV, 1, pp. 169-177.
- PULIDO TIRADO, Genara (2003), «Cuando la cultura popular tomó la calle y la academia. Sobre el lugar cambiante de los estudios culturales», en PULIDO TIRADO, Genara (ed.) (2003), *Estudios culturales*, Jaén, Universidad de Jaén, pp. 109-135.
- RODRÍGUEZ GÓMEZ, Juan Carlos (1974), *Teoría e historia de la producción ideológica, I. Las primeras literaturas burguesas*, Madrid, Akal.
- SÁNCHEZ TRIGUEROS, Antonio (1999), «Aproximación a la génesis histórica de la noción de sujeto literario», en MARTÍNEZ FERNÁNDEZ, José Enrique (coord.) (1999), *Trilcedumbre (Homenaje al profesor Francisco Martínez García)*, León, Universidad de León, pp. 465-480.
- SOCIOCITICISM (2002), «Sobre la noción de *sujeto cultural*», XVII, 1 & 2.
- WHITE, Hayden (1992), *El contenido de la forma (Narrativa, discurso y representación histórica)*, Barcelona, Paidós.
- ZAVALA, Iris M. (1992), «Préface», en MALCUZYNSKI, M. P. (1992), *Entre-dialogues avec Bakhtin ou sociocritique de la [dé]raison polyphonique*, Amsterdam/Atlanta, Rodopi, pp. 13-19.